Nuestra herencia en encanto y dulzura

==

Pese a que en el Seminario Euraca nos ocupamos de la «**pregunta** por la pobreza y la escasez cultural que el desarrollismo de los sesenta y setenta decide ocultar», de tanto en tanto un chispazo electrizante nos permite engarzarnos con una lírica común que revela un sentido más o menos inadvertido, más o menos opacado, por eso que con arrogancia despachamos como «imaginario mesocrático» o «Cultura de la Transición» (CT).

Hace unos días* murió en Cercedilla Gloria Van Aerssen, compañera de Carmen Santonja en Vainica Doble. El jardín mágico de las Vainica, cuyo aroma formó parte de nuestra educación sentimental, no resulta efecto de una caja tonta hoy muy difícil de imaginar para los que nacieron a finales de los ochenta o noventa. Sus melodías se grabaron en el nitrato de plata de una infancia que crecía en lo que la nueva crítica revela hoy como un régimen cultural obsoleto. Tampoco esta magia es fruto de escuchar cada noche a Juan de Pablos, cuando la era pop aún era moderna y nosotros todavía jóvenes. Muy difícilmente se puede contener a las Vainica en el redil de la música independiente, madrinas del *underground* ibérico y bisagras en Elefant con una generación de bandas de pop preciosista y delicioso (Aventuras de Kirlian, Le

Mans, Parade...) reincorporadas hoy por los supervivientes de la era *indie*, en las versiones de Grupo de Expertos Sol y Nieve, Nacho Vegas o Lorena Álvarez entre otrxs.

Sin embargo, la partícula compuesta Vainica Doble discute en algunos puntos las divisiones efectuadas por cierta crítica actual que de algún modo desprecia parte de la infancia y la juventud que una serie de generaciones hemos tenido, pues formaríamos parte de una clase en cuyos hogares se habría cimentado el estado neoliberal. La madre a la cocina, el padre a los toros o al fútbol, el niñx frente a la tele. ¿No hay contraimagen emancipadora para este pueblo de medianos irresponsables? Para la madre, el aficionado y el pequeño jugador, las Vainica escribieron una canción y rescataron de una tradición sombría y gris los reflejos del cuarzo rutilante. Mirando con insolencia al pasado, corremos el riesgo de hacer con nuestra herencia como en **«El duelo»** que cantan Vainica Doble: «deshacernos con soltura de las cosas más baratas, sus más nobles sentimientos que creemos tonterías y no reclamar nuestra herencia en encanto ni en dulzura, no querer la inocencia y la bendita chifladura».

Hay que efectuar una contramarcha para lograr ver algo nuevo allí donde todo parece anquilosado, chusco, finiquitado, sospechosamente *mesocrático*. Pero la tradición que rescatan con modernidad las Vainica («los escritos rasgados, las ingenuas acuarelas») no caben en la foto vanguardista: dos maricultas de alta cuna, amigas de otros niños privilegiados que nacieron entre bibliotecas, pianos, lienzos o latas de películas; artistas singulares, joyas escondidas, alcohol y *rock and roll*; señoras de gusto impecable y distinguido, vórtice de una veta *underground* ibérica no valorada suficientemente, afectadas, pues, aquí también, por el peregrino del mal del «artista español no reconocido».

Pero tampoco caben en una historia del arte popular si optamos por la imagen de un pueblo caracterizado para no conmoverse jamás ante el arte y el equipamiento estético que se supone no le es propio, pues él se ha de dedicar a otros gustos. Acaso a formas más toscas, brutas, rítmicas, sexuales. Visto por los intelectuales que realizan síntesis delirantes de la sensibilidad popular, el pueblo se vuelve casi siempre más pobre de lo que es. Silbar *Tannhaüser* en una parada de autobús mientras llevas a tus hijos al colegio, tal y como se conocieron estas dos mujeres, es cosa de pijos progres de la era dorada de los pijos pogres. No encaja para imaginar una emancipación por ahí.

Sin embargo, la historia que se abre por Vainica Doble está vinculada a unas figuras mucho más comunes, rasas o menores. Suelen componer la infantería y la retaguardia de lo que se llama cultura popular, aunque en ellas se cumplan muchos de los ideales emancipadores de la creación y el disfrute imaginados sólo para el arte erudito, para el cual se supone que dicha cultura popular no está destinada. No está previsto que un obrero se emocione con Brahms; que una señora de extrarradio se aficione a los museos de arte abstracto; que los pobres pinten cuadros. Cada cual ha de permanecer en su lugar, en la dimensión cultural de clase que se le atribuye, a riesgo de que una experiencia estética verdaderamente libre y para todas las personas pueda tener lugar. Pero estas formas de la experiencia aparecen de cuando en cuando con un brillo intenso. Ada Colau dijo en

/ La madre a la cocina, el padre a los toros o al fútbol, el niño frente a la tele. ¿No hay contraimagen emancipadora para este pueblo de medianos irresponsables?

Madrid junto a Carmena: «No tenemos la experiencia de los privilegiados corruptos sino la de las mujeres que se las apañan para llegar a fin de mes» y la ilusión prendió la ciudad imaginando que mil madres se ocuparían por fin de los asuntos comunes... ignorando que las concejalías están ya llenas de funcionarias que sueñan quizá con ser «minerales de un monasterio».

El pueblo de las Vainica se emociona con el pasodoble y pide que le dejen vivir con alegría. Una de nuestras madres escucha la radio el domingo de los santos en su pueblo mientras se despabila junto a su marido, mañanera, en la cama en la que durmieron su padre y su madre antes, y suena por el transistor una canción de Gloria y Carmen. Ambos canturrean. No se la saben pero les suena. Ella, que tiene casi setenta años y que no fue ninguna intelectual –instada a cumplir con el papel prescrito por todos los hombres que la rodeaban y la felicitaban una vez al año con postales que plasmaban el destino para el que mi madre había de actualizarse todo el rato–, manda por la noche un emoticón con una radio diminuta y unos tréboles y me dice por whatsapp que en internet está el podcast del programa que radiodifundió Vainica cuando ella amanecía, por si quiero conectarme. Por si queremos conectarnos con una historia. *Invitación a transmitir. Cambio*.

Mi madre no es ninguna *indie* fan, ni fue jipi progresista y para sorpresa de los que pensarían que ese destino prescrito era una condena, la «costurerilla Gabrielita» cumplió feliz y orgullosa con él. Eran los novecientos cincuenta cuando entre «rosas rojas y claveles y flores de alejandría» felicitaba a su madre siendo sólo una niña, los sesenta cuando era joven e implementaba el modelo de matrimonio convencional y los setenta cuando fue madre por primera vez. Hoy son los dos mil diez y es abuela y tiene nietos en la Sierra y en Dubai y ayer, día de los santos, estuvo depositando ramitos a su madre y a otros allegados por todo el cementerio. También para aquellos lejanos familiares que no tienen ni lápida que indique su nombre, bien porque quedan demasiado atrás en el tiempo, bien porque son más recientes y, conforme a las modas, sus cenizas se arrojaron al viento. Ese sentido puede aprenderse de las madres si se atiende: el de reconocer el lugar en el que se encuentran las cosas importantes cuando se pierde su rastro.

Federici habría plasmado, explicado y documentado lo que alguna de nuestras madres presiente con ignorancia (o disfruta

con despreocupación) por un simple canturreo. Salvando las diferencias de clase, que son importantes, las Vainica se recosen con un pueblo de mujeres, de tías y abuelas borrachas de anís cuyo espíritu mueve igual las manivelas de los pasapurés, el vuelo de las escobas o los pinceles que retocan eccehomos, curándolos de sus heridas y aliviándolas mediante una técnica de trazo preciso, amable y tierno. Un bodegón obra de la misma mano que el Cristo de Borja (¿Clara Peeters? ¿Josefa de Óbidos? ¿Josefa Tolrá?) se esbozaba a lapicero mientras comenzaba la sintonía de *Con las manos en la masa*, que en verdad era un conjuro gastrosófico pronunciado y preparado por mil madres a la vez en sus cocinas familiares antes del telediario de la noche.

Elena Santonja, hermana de Carmen y amiga de Gloria, fue de las últimas mujeres que ostentaron la autoridad pública de cantar la misa del pan nuestro de cada día antes de que desembarcaran en la tele todos los chefs floreados con estrellas Michelín, cocineros dicharacheros y mandones preocupados por la productividad de sus cocinas o afectados de esnobismo. Ellas jugaban a otro juego. Eran hospitalarias y otros miembros del panteón de los famosos las visitaban y Elena los acogía en la cocina con las manos en la mesa-masa. Había una mesa camilla de hablarse y una masa para llevar a cabo el ritual placentero de honrar los frutos de la tierra dignificándolos por el placer sensible, el trabajo estético que es la cocina y la buena conversación. Comunismo sensible.

Quién se atreve a pensar lo que comeremos hoy en la gran ciudad de lxs hijxs del pan congelado. Quién se atreve además a hacerlo en compañía. Quién sabe adobar un pez espada o escabechar unas codornices. Cuajar con medida manual una besamel para las croquetas o elevar hasta el punto justo un bizcocho hecho con gaseosas refrescantes armisén supremas. Hoy algunas cosas se volvieron más complicadas; una madre que hace *unboxing* de su compra semanal en el **Mercadona** evidencia la sustracción de una riqueza. También mucha soledad. La OMS no declara peligroso el consumo de internet o la cocacola, pero sí el chopepork y la compra entera de esta señora.

Y quien sabía cocinar muchas veces es también quien sabía tejer un jersey, llegar siempre a tiempo, tener paciencia, preparar y organizar, curar una herida. En ocasiones también hacerla, y esas se marcan a fuego. Jeanette pedía comprensión de los padres hacia sus hijos, **«pronto llegará tiempo para el sacrificio»**. Con las Vainica el sacrificio, el banquete caníbal y la floresta eran alucinógenos, fantásticos y un poco místicos. Gloria deseaba morir devorada por un oso polar, nos cuentan sus hijos en su **carta de despedida**, en la que recuerdan con amor la vida buena que su madre se inventó con ellos.

Si como dice mi amiga Miriam les niñes aún conservan el placer de construir hogares, es quizá porque aún transportan la experiencia del cuerpo-hogar que los nació. Los niños saben que «Un metro cuadrado» de tierra es bastante para hacerse un mundo bueno. Ley del hogar: ley de la hospitalidad, que no de la hostilidad. Dice Alba Rico que «mientras las fábricas de los cuerpos sigan siendo madres –las madres de ambos sexos– todas las industrias, y todos los cálculos, estarán amenazados». La conversación puede enconarse de muchas maneras (ser padre, ser madre; ríos de tinta), pero el ecosistema matriarcal

de Vainica Doble por momentos parece el ecosistema de Casilda Rodrigáñez: pulpos, peces y delfines y vulvas que nos hablan de cuerpos que alumbran con placer /1/ y que son impulsados por latidos y descargas de vida. Quien dice alumbrar, dice parir, pero también crear. No obstante, este pulso creador, alumbrador, o vital, no ha de confundirse con un destino biológico determinado para las mujeres. Las madres paren, les niñes crean: ambxs alumbran, se comen y descomen a besos y canciones y sin embargo el mundo está gobernado por hombres serios, adultos y destructores que no saben cantar sin convertir su canción en un cálculo intencionado. Y no hay vitalismo que se haga con toda esta destrucción. «Silencio de tiburones».

Este espacio de la domesticidad, en el que aún se pueden esperar creaciones humanas y que requiere operadores de matices para que tenga lugar el alumbramiento al que prestaba su imaginación Vainica, es menospreciado al ser tomado como habitáculo de un conjunto de expresiones menores (gastronomía, arte infantil, cancioncillas, ya se sabe) para el cual –pensamos– no hacen falta artes ni saberes, ni museos, ni memorias. Genio del hogar, bruja del bosque, mito inocente o perverso, igual da, siempre concursado por mil roles y clichés, subestancia del realismo de la vida moderna alcanzada al vender nuestra alma al trabajo asalariado. Y vendrán a decirnos que la cultura hogareña-lugareña es la apoteosis de la utopía neoliberal burguesa, pese a que su carácter doméstico declara ya la posibilidad real y radical de acción y afectación. La idea de una familiaridad universal y salvaje, o de un familisterio planetario, efectivamente es un escándalo utópico para la norma social impuesta en el país del dinero y los desmaravilladores. Nunca hay coyuntura para la utopía: «Ay, quién fuera Gauguin, / quién viviera en un siglo anterior / para escapar de este cruel paisaje, / como el buen salvaje vegetar / a nivel de Jean Jacques Rousseau. / Pero somos prisioneros / del “establishment”. / Vil estructura / el “establishment”, / vil estructura / el “marketing” / Y no hay, no hay, / no hay coyuntura / de ir a Hawai». Aún está por escribir la historia de nuestros juegos de salón, del encanto que nos producía el «Arabesco n.º 1» de Debussy, el museo de nuestras vacaciones en la ciudad de verano del sindicato, en Marbella o Ligüerre de Cinca.

Vainica doble es un punto de costura que engarza distintos planos de tejido. Acercan partes. Ensamblan y unen; lo nuevo y lo viejo; el molino de viento y la máquina infernal; la mariquita y el virus informático. Coser y cantar: «trabajar está bien pero hay que cantar también, la vida es fácil si lo haces a la vez». La pócima apasionada de estas brujas es simple, pero inadmisible para que se incluya en el orden cultural del

las Vainica se recosen con un pueblo de mujeres, de tías y abuelas borrachas de anís cuyo espíritu mueve igual las manivelas de los pasapurés, el vuelo de las escobas o los pinceles que retocan eccehomos /

día que organizan los privilegiados y expertos de toda clase en la cultura popular.

A muchos de ellos quizá les parezca ridículo preguntarse quién recibe hoy en herencia la experiencia que sabía extraer hierro de la lenteja mezclándola con zumo de limón o vinagre; desinfectar los ojos con infusión de manzanilla; dejar para mañana el castigo; ofrecer su fuerza a la ternura. O quiénes son esxs que saben hoy inventarse un mundo apasionado en cualquier rincón, capaces de acoger a cualquiera, de desocupar el tiempo a base de atender sólo a la calentura pasional que nos movió una vez, en estado de infancia, de objeto amado a objeto amado; en torno a cualquier resto que mediante el gesto infantil quedaba liberado de su función de mercancía. Un *arte menor*, cantado, cocinado, escrito, celebrado en el propio salón familiar y asociado a un tipo de existencia tan estereotipada por el costumbrismo ochentero que cuesta percibir su verdadero brillo, su encanto, su dimensión común y su potencia colectiva. Repetimos y nos emborrachamos con las bases de las que surgen las revoluciones, pero qué pocas veces comenzamos verdaderamente por ahí. «Si en los pies coloco mi razón habré obtenido en un dos por tres la humana condición». Vainica conocen los detalles de esta base y quizá por esto su arte es *flamenco* en su doble acepción; un éxtasis de la definición, del contorneado preciso y diminuto, atravesado por un brío serrano, antiguo y jondo.

«Pero el mundo no era sólo nuestra casa». Enseguida estábamos felizmente perdidxs y lo descubrimos siendo niñxs. El mar, las montañas (¡una geografía coralina australiana, nos dice Miriam!). El gesto musical de Vainica Doble es manierista en cuanto contemporiza, mediante las reservas infantiles y populares, el gesto estallado de sentido niño y la dimensión colectiva de su impacto. Por las letras de Vainica vibra la lírica popular, una arqueología las atraviesa en canal /2/; desde el mester medieval, pasando por el arte menor clásico hasta la poesía popular moderna del XIX y el XX. Por referirnos sólo a la veta ibérica. Después, de fondo, podrá contrastarse su arte con las rupturas de la época, como hace Ordovás al contextualizar los primeros años de las Vainica en relación con el asesinato de Puig Antich y con la RAF, y aludiendo a cierto movimiento contracultural que, aunque masivo en un sentido, no parece haber alcanzado continuidad real.

Y es verdad que en Vainica hay nana y abrazo de miel y canela, pero también zarpazo de tigre y aguijón de pirata, y este gesto no se debe sólo a su pulsión *contracultural* o *alternativa*. Con ellas ocurre como con La Ocaña o Paco Clavel, que resulta más fácil reconocer la disidencia normativa en su dimensión travesti, marica y libre, que a partir de su arte sacro popular y sus misticismos paganos, beatos y pueblerinos. Un día vimos a un grupo de artistas, que hoy se presentan como **«politizadores de la cultura popular»**, cerrar su espectáculo llamando «catetos» a los gobernantes, acusando falta de apoyo y sensibilidad. El equívoco en el que nos encontramos más o menos todxs. Una modernidad suficientemente conocida en la izquierda, que habla en nombre del pueblo y a la vez sigue relacionándose con él con desdén y señoreo. Y son éstos, los más escépticos al oír el término «pueblo», los que la mayoría de las veces terminan pre-escribiendo los límites de su cultura.

Si queremos salvar a las Vainica es más fácil desgarrarlas de lo que tienen de catetas para convertirlas en icono *under*, en modernidad truncada; más fácil preferir la

los intelectuales del pueblo ignoran que alguien pueda silbar Tannhäuser en las paradas de autobuses, de camino a casa con los niños, y otra persona reconozca la melodía y se junten para hacer vainica doble, para coser y cantar

/

foto vanguardista que moderniza, distingue y exclusiviza, que la foto folklórica que pintoresquiza, idealiza o catetiza. El «Caramelo de Limón» irónico de Zulueta, irónico y pop, o el realismo mágico de Jaime de Armiñán en los molinos de Criptana, el corral de comedias de Almagro o las viñas de La Mancha que atravesó el Quijote. Jamás reconoceremos que *El Quijote* es la novela infantil menor por excelencia, ni reconoceremos que el pueblo pueda ser tan refinado como lo eran las Vainica. Igual da. En todo caso, condenadas a formas parte del egregor televisivo de la Transición, impotentes sus voces respecto del hoy. ¡Ellas que eran *dobles*, cigarra y hormiga, eslabón perdido y recién nacido, griegas y celtas, andaluzas y alemanas, mujeres y niñas!

Lo mismo para el zarpazo que es el pasodoble «Juncal» compuesto para la serie de Televisión Española (Gloria vivió en Ronda). Enorme desafío para hoy toda crítica y toda corrección política. No es el macho lo que disimulan estas brujas cantoras que celebraron con amor de madre el amor homo del niño rey mariquita de la casa e hicieron chanzas del peligroso iconoclasta enamorado. Imaginen a un grupo *indie* hoy aventurándose a componer la cortinilla de un programa taurino. Excitados por el punto doble y la ligazón romántica de las Vainica, también la tauromaquia esconde un sentido que la corrección política nos impide ver. Dice un antropólogo que en casi todas las expresiones que ha tomado la religión popular, de la brujería a la veneración a la virgen, esta religión ha sido «por sus contenidos y por el mismo componente humano de su práctica, la religión de las mujeres. Allí se ha instituido la latencia de su ancestralmente temido poder. Y ese es también el sentido de su persecución o marginamiento. Hoy el combate contra las taurolatrías cobra la misma dirección que el proceso de destrucción de la vieja religión de la madre y el hijo, de la casa y la comunidad reconocible y la imposición, también entre las clases más populares, las más reacias a ello, de un único modelo de orden y poder, que no es otro que el patriarcal, naturalmente adecuado al proyecto de mundo diseñado desde arriba para las grandes sociedades jerarquizadas y sometidas a control estatal. Lo femenino radical como sedición. El reino de la madre está en las antípodas del Estado». Aunque es cierto que los aficionados ignoran la ascendencia simbólica femenina del hombre vestido de luces al que jalean, como macho frente a un toro cornudo y bravo, a todas luces más macho que él. Exactamente como los intelectuales del pueblo ignoran que alguien pueda silbar *Tannhaüser* en las paradas de autobuses, de camino a casa con los niños, y otra persona reconozca la melodía y se junten para hacer vainica doble, para coser y cantar.

==================================/ **Rafael Sanchéz- Matos Paniagua**

notas

* Gloria Van Aerssen murió en octubre del 2015. Este texto fue escrito en noviembre del año 2015, compartido por la lista del Seminario Euraca y publicado en Talares de la Manga, con el mismo título, en 2016.

/1/ Casilda Rodrigáñez Bustos, **Pariremos con placer**. Ediciones Crimentales, 2009.

/2/ Los cuentos infantiles de Calila e Dimna, traducidos del árabe al castellano en la Escuela de Traductores de Toledo creada por Alfonso X el Sabio (de El piojo y la pulga: «Dicen que un piojo estaba muy vicioso en un lecho de un rico homne, et había de su sangre cada día cuanta quería, et andaba sobre él suavemente que no lo sentía él. Desí fué así fasta que le demandó una pulga una noche de hospedazgo...»); el cancionero de Juan del Encina, las preguntas graciosas y sentidas («Quién es aquella hija del bruto / sin alma, sin vida, sin seso y pasiones, / que escribe secretos / de los corazones / y nos los publica vestida de luto». «Tengo en todo tiempo frío, / más no frío sin calor, / quémanme al fuego en estío y ve nadar mi señor / peces en mí sin ser río»); los devocionarios (el de Juan de Úbeda por ejemplo: «Algo has entendido de lo que serás / Mira que eres chico y te perderás / Padre y madre dejas, dejas la ciudad / Y a vivir te alejas a la soledad / Tal en tal edad no se vió jamás / Mira que eres chico y te perderás»); por supuesto, el romancero y los autores de arte menor, Juan Rufo («La vida es largo morir / Y el morir, fin de la muerte / Procura morir de suerte, que comiences a vivir»); Baltasar Alcázar («Si es o no invención moderna / vive Dios que no lo sé / pero delicada fue / la invención de la taberna / Porque así llego sediento / pido vino de lo nuevo / mídenlo, bebo / págolo y voyme contento. / La ensalada y el salpicón / hizo fin ¿qué viene ahora? / la morcilla, ¡oh gran señora!, / digna de veneración!»); Góngora («La más bella niña / De nuestro lugar / Hoy viuda y sola / Y ayer por casar / en tan tierna edad / Tan corto el placer / Tan largo el pesar»); Lope de Vega («El dátil hermoso / Que en ramos cuelga / Que la blanca Palma / Victoria nuestra / Aquel dulce niño / Panal de cera / Que de flores hizo / Tan linda abeja»); Alonso de Ledesma («Pintose el puerto de Siete Picos»); Quevedo («A una Nariz», «Boda y acompañamiento del campo»); los villancicos («Sonaba un parloteo / con eco desigual / plan plan plan / Y acordes sonoros / se enlazan unidos / en dulce compás / el chás chás chás / el tan tan tan / el cras cras cras / el plan plan plan»); las fábulas de Tomás de Iriarte, pero también las de Concepción Arenal («Haga de esto aplicación / el pedante presumido / si porque mucho ha leído / cree tener instrucción / y siempre que a juzgar fuere / la regla para sí tome / no nutre lo que se come / sino lo que se digiere»); Espronceda, Zorrilla, Manuel Ossorio y Bernard («La araña dijo a la mosca / con muy corteses razones / Ven, recorre mis salones / examina este primor. / Pero la mosca prudente / así contestó advertida: “Al salón fuera enseguida pero no a tu comedor”»); Gabriel y Galán, Antonio Machado («Anoche, cuando dormía, / soñé, ¡bendita ilusión! / que una fontana fluía / dentro de mi corazón»); Juan Ramón Jiménez («Le han puesto al niño un vestido absurdo, loco, ridículo / le está largo y corto / gritos y colores le han prendido»); Lorca («El lagarto está llorando. / La lagarta está llorando. / El lagarto y la lagarta / con delantalitos blancos. / Han perdido sin querer / su anillo de desposados. / ¡Ay, su anillito de plomo!»); los poemarios de Gloria Fuertes («Mariquita barre, barre, / deja pronto de barrer; / tienes las tres chambras rotas / y la espalda se te ve»); las canciones de Pura Vázquez («¡Que sí! ¡Que he robado la luna / para ti! / En el fondo del río / la vi, / y con redes celestes / la cogí / ¡Que sí! ¡Que yo traigo la luna para ti!») o los abecedarios de Clemencia Laborda («Ventanas azules, / verdes escaleras / muros amarillos / con enredaderas / y en el tejadillo / palomas caseras»); los cuentos de Elisabeth Mulder («Luciérnaga de plata / luciérnaga de oro / donde está la luciérnaga que adoro»); la poesía de León Felipe, César Vallejo, Fernando Arrabal... Todo ello sin salir nunca de los contornos castellanoparlantes.